

HOLY SEE PRESS OFFICE
OFICINA DE PRENSA DE LA SANTA SEDE



BUREAU DE PRESSE DU SAINT-SIEGE
PRESSEAMT DES HEILIGEN STUHLS

BOLLETTINO

SALA STAMPA DELLA SANTA SEDE

N. 0637

Venerdì 23.11.2001

Pubblicazione: Immediata

Sommario:

- ◆ **LE UDIENZE**
- ◆ **VISITA "AD LIMINA APOSTOLORUM" DEI PRESULI DELLA CONFERENZA EPISCOPALE DI EL SALVADOR**
- ◆ **UDIENZA AI PARTECIPANTI ALLA PLENARIA DELLA CONGREGAZIONE PER IL CLERO**
- ◆ **UDIENZA AI PARTECIPANTI AL SIMPOSIO INTERNAZIONALE IUS ECCLESiarUM - VEHICULUM CARITATIS PROMOSSO DALLA CONGREGAZIONE PER LE CHIESE ORIENTALI**
- ◆ **MESSAGGIO DEL SANTO PADRE AL CARD. ALFONSO LOPEZ TRUJILLO, PRESIDENTE DEL PONTIFICIO CONSIGLIO PER LA FAMIGLIA**
- ◆ **MESSAGGIO DEL SANTO PADRE AL PRESIDENTE DELLE SETTIMANE SOCIALI DI FRANCIA**
- ◆ **INTERVENTO DELL'EM.MO CARD. ANGELO SODANO, SEGRETARIO DI STATO, AL SIMPOSIO INTERNAZIONALE IUS ECCLESiarUM - VEHICULUM CARITATIS**
- ◆ **COMUNICATO: SIMPOSIO INTERNAZIONALE SUL VOLONTARIATO CATTOLICO IN SANITÀ, DAL TEMA: VADE ET TU FAC SIMILITER, (VATICANO 30 NOVEMBRE-1 DICEMBRE 2001)**

◆ **LE UDIENZE**

LE UDIENZE

Il Santo Padre ha ricevuto questa mattina in Udienza:

Ecc.mi Presuli della Conferenza Episcopale di El Salvador, in Visita "ad Limina Apostolorum":
S.E. Mons. Eduardo Alas Alfaro, Vescovo di Chalatenango;
S.E. Mons. Miguel Angel Morán Aquino, Vescovo di San Miguel;
S.E. Mons. José Adolfo Mojica Morales, Vescovo di Sonsonate;

Partecipanti alla Plenaria della Congregazione per il Clero;

Partecipanti al Simposio Internazionale promosso dalla Congregazione per le Chiese Orientali.

Giovanni Paolo II riceve questo pomeriggio in Udienza:

Em.mo Card. Joseph Ratzinger, Prefetto della Congregazione per la Dottrina della Fede.

[01903-01.01]

VISITA "AD LIMINA APOSTOLORUM" DEI PRESULI DELLA CONFERENZA EPISCOPALE DI EL SALVADOR

Pubblichiamo di seguito il discorso che il Santo Padre Giovanni Paolo II ha rivolto agli Ecc.mi Presuli della Conferenza Episcopale di El Salvador, incontrati questa mattina e ricevuti in questi giorni, in separate udienze, in occasione della Visita "ad Limina Apostolorum":

• DISCORSO DEL SANTO PADRE

Queridos hermanos en el Episcopado:

1. Siento una gran alegría al recibirlos esta mañana durante la visita *Ad limina* con la que renováis los vínculos de comunión de vuestras Iglesias particulares con el Obispo de Roma. Os saludo a todos con mucho afecto y os pido que os hagáis intérpretes de mi estima y cercanía al querido pueblo salvadoreño, al que servís con amor, generosidad y entrega, teniendo presente el testimonio del apóstol Pablo en su servicio a la comunidad de Corinto : "*Me gastaré y desgastaré totalmente por vuestras almas*" (2 Co 12,15).

Agradezco las palabras que me ha dirigido Mons. Fernando Sáenz Lacalle, Arzobispo de San Salvador y Presidente de la Conferencia Episcopal, para renovarme vuestra adhesión y hacer presente el espíritu con el que ejercéis vuestro ministerio pastoral. Por mi parte, correspondo manifestándoos mi aprecio por la obra que, con la ayuda de Dios y la colaboración de tantos servidores del Evangelio, lleváis a cabo en vuestras diócesis.

2. En las Relaciones que habéis presentando y en los encuentros que he mantenido con cada uno de vosotros he visto el proceso que lleva a cabo la Iglesia en vuestra Nación. Al concluir mi segunda visita pastoral, os decía al despedirme: "*Me voy con una gran confianza en el futuro de esta amada tierra; vivid a la luz de la fe, con el vigor de la esperanza y la generosidad del amor fraterno*" (*Discurso en el aeropuerto de San Salvador 8.2.1996*, 5). Tenía presentes las aspiraciones y esperanzas de ese querido pueblo al que pude conocer y apreciar más profundamente; un pueblo que había sufrido los duros años de una guerra fratricida, de la que felizmente había salido y que estaba asumiendo con decisión el camino del propio desarrollo, para construir un futuro sereno y solidario para sus hijos, que aman y desean la paz.

¡Seguid acompañando a vuestro pueblo como ministros de la reconciliación, para que la grey que os ha sido encomendada, superando las dificultades del pasado, avance por los caminos de la concordia y el amor sincero entre todos, sin excepción! Sabéis bien que el futuro del País se debe construir en la paz, cuyo fruto es la justicia (cf. St 3,18). Siguiendo esa senda, no se desvanecerán tantos esfuerzos realizados tras la firma de los

Acuerdos de Paz de 1992, con los que se puso fin a aquellos terribles años de guerra interna. Ayudada a construir una sociedad que favorezca la concordia, la armonía y el respeto por la persona y cada uno de sus derechos fundamentales. Con vuestra palabra, valiente y oportuna, y teniendo siempre presentes las exigencias del bien común debéis animar a todos, empezando por los responsables de la vida política, administrativa y judicial de la Nación, a promover mejores condiciones de vida, de trabajo o de vivienda.

3. Son bien conocidas la laboriosidad, la fuerza moral y el espíritu de sacrificio de los salvadoreños ante las adversidades. Lo han demostrado con ocasión del huracán Mitch y de los dos terremotos que, con el intervalo de un mes, han padecido al comienzo de este año. En dichas ocasiones me apresuré a manifestar mi cercanía, pidiendo solidaridad y ayuda para los damnificados por esas terribles desgracias naturales que han reducido a condiciones precarias la existencia de muchos salvadoreños y han dañado tantas estructuras materiales.

Si bien es cierto que las ayudas externas son necesarias, dada la magnitud del fenómeno, se ha de tener presente que los mismos salvadoreños, con las ricas cualidades que les distinguen, han de ser los protagonistas y artífices principales de la reconstrucción del País, comprometiéndose, con su esfuerzo y su tesón a superar esa situación tan difícil, agravada, entre otras causas, por la pobreza extrema de muchos, el desempleo, o la falta de vivienda digna. En esta tarea, es de destacar la acción de Caritas, que pretende dar una respuesta ante estas necesidades.

4. Como objetivo principal de vuestra labor pastoral os proponéis impulsar y vivificar la evangelización. En efecto, una de las funciones más importantes del Obispo es acrecentar la fe de los fieles, haciendo madurar en ellos las enseñanzas del Evangelio mediante la predicación íntegra del misterio de Cristo, para que puedan así glorificar a Dios y seguir la vía hacia la felicidad eterna (cf. *Christus Dominus*, 12).

En nuestro tiempo, en el que los medios modernos difunden continuamente noticias muy diversas y el corazón y la mente se sienten atraídos por tantas novedades, es menester dar a la Palabra de Dios y a su anuncio el lugar primordial y privilegiado que le corresponde. Cuando el creyente acoge a Jesucristo y su Palabra, poniéndola en práctica, es cuando de verdad alcanza su plenitud, como Pedro confiesa ante Jesús: "*Señor, ¿a dónde vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna*" (Jn 6, 68). Por eso, es de capital importancia que nunca decaiga el ministerio de la predicación, la catequesis y la enseñanza, para que todos los fieles "*tengan vida y la tengan en abundancia*" (Jn, 10,10).

El anuncio de la Palabra tiene un relieve especial cuando se proclama dentro de la liturgia, porque Cristo "*está presente en su palabra, pues es Él mismo el que habla cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura*" (*Sacrosanctum Concilium*, 7). No obstante, como la acción de la Iglesia no se agota en la liturgia, hay que anunciar la Palabra con perseverancia y por todos los medios para que el mensaje de salvación llegue tanto a los creyentes como a los no creyentes. Los medios de comunicación social de los que hoy se dispone para comunicar han de ser utilizados también para evangelizar y catequizar, con el fin de aprovechar su enorme potencial para cumplir mejor el mandato de Jesús de hacer llegar la Buena Nueva a todas las criaturas (cf. *Mc* 16, 15). Os animo, pues, a potenciar dichos medios a vuestro disposición y ponerlos al servicio de la difusión del Evangelio. Con ellos, el mensaje de salvación puede alcanzar a todos, en las más diversas circunstancias y en los lugares de más difícil acceso.

5. Colaboradores directos del Obispo son los presbíteros, que, en su nombre presiden las distintas comunidades de la Iglesia particular, las alimentan con el Pan de la Palabra y de la Eucaristía, celebran los Sacramentos y por su cercanía a todos han de ser imagen y expresión de la presencia viva de Jesucristo, Buen Pastor, en medio de su pueblo. Para poder vivir con alegría y serenidad el misterio que les fue confiado en la ordenación sacerdotal, han de custodiar con todo celo e intensidad la gracia que les fue concedida. Por ello, debéis animar siempre a vuestros sacerdotes a ser hombres de oración asidua y frecuente, pues "en la plegaria se desarrolla ese diálogo con Cristo, que nos convierte en sus íntimos" (*Novo millennio ineunte*, 32), nos hace penetrar en el profundo misterio de Dios y llena de esperanza la existencia ante los retos del momento presente, que para el sacerdote revisten frecuentemente una especial intensidad.

El sacerdote debe estar disponible para todos, saber escuchar, acompañar el crecimiento en la fe de sus

hermanos y ser fuente de consuelo para los atribulados y afligidos, siendo en todo momento testigo de los valores del Reino, pues ha de estar dispuesto a ofrecer muchas renunciaciones para que resalte lo esencial frente a lo efímero. En definitiva, ser y presentarse siempre como lo que es, ministro de Jesucristo y de su gracia.

El estrecho vínculo que une al sacerdote con su Obispo exige que estéis siempre cercanos y atentos a cada uno de ellos, para que os vean como verdaderos padres y maestros. Desde el carisma de vuestro ministerio episcopal ayudadlos en todas sus necesidades, animadlos a perseverar en el camino de la auténtica santidad sacerdotal y de la caridad pastoral. Ofrecedles los medios más adecuados para poder continuar su formación y desarrollar aquellas virtudes necesarias para su estado y para enfrentarse con serenidad y valentía a las dificultades que se les puedan presentar.

6. Preocupados por el número de personal dedicado a la misión, sé que os esforzáis en promover y seguir con atención la pastoral vocacional, tan necesaria para el desarrollo de la vida de la Iglesia. En este camino, lo primero es el recurso a la oración asidua, pues es el mismo Señor el que nos manda pedirle que envíe nuevos operarios a su mies (cf. *Mt 9,38*). Además, es necesario organizar una efectiva pastoral de las vocaciones, amplia y capilar, en las parroquias, movimientos, colegios y familias, de modo que los jóvenes conozcan los valores y exigencias del Reino de Dios y puedan responder cuando se les pide la total entrega de sí y de las propias fuerzas a la causa del Evangelio.

A este respecto, es también importante el testimonio de vida de los sacerdotes y de los consagrados, testimonio que ha de ser tan radical y elocuente que mueva a otros, jóvenes y menos jóvenes, a querer seguir ese camino, al estilo de lo que indicaba san Pablo: "*Sed mis imitadores, como yo lo soy de Cristo*" (1 Co 11,1).

7. La celebración de la Eucaristía, en un mundo tantas veces aquejado por divisiones y desequilibrios, consolida la comunión y la esperanza, es fuente de armonía y paz, y hace que todos se sientan miembros de una misma familia donde a cada uno se le reconoce su dignidad. Por ello, se ha de promover la práctica dominical, pues en el proceso de fortalecimiento de la fe, la Eucaristía es el momento privilegiado para el encuentro con Jesucristo vivo. Teniendo presente que la Misa dominical debe ser compromiso y práctica constante de todos los fieles, no dejéis de empeñaros junto con vuestros sacerdotes en promover este aspecto tan importante de la vida eclesial, como recomendé en la Carta apostólica *Dies Domini* (cf. capítulo II). Más recientemente he señalado también que se ha de dar "un realce particular a la Eucaristía dominical y al domingo mismo, sentido como día especial de la fe, día del Señor resucitado y del don del Espíritu, verdadera Pascua de la semana" (*Novo millennio ineunte*, 35).

En la vida eclesial de vuestra nación, como ponéis de relieve en las Relaciones quinquenales, está muy extendida la devoción eucarística y señaláis cómo en casi todas las parroquias se celebra, particularmente el jueves, la adoración del Santísimo Sacramento. Me complace que se conserve esta práctica entre los fieles, pues de esta manera no sólo se proclama abiertamente la fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía sino que se incrementa la unión y la confianza en Aquél que prometió estar con los suyos "*todos los días hasta el fin del mundo*" (*Mt 28,20*).

8. Una de las urgencias de nuestro tiempo, como he destacado en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, es la atención a la familia, pues se constata una "crisis generalizada y radical de esta institución fundamental" (n. 47), a causa de las graves amenazas que hoy atentan contra ella: las rupturas matrimoniales, la plaga del aborto, la mentalidad anticoncepcional, la corrupción moral, las infidelidades y violencias domésticas, factores que ponen en peligro la familia, célula fundamental de la sociedad y de la Iglesia.

En el matrimonio, elevado por el Señor a la dignidad de Sacramento, no sólo se expresa el gran misterio del amor sponsal de Cristo a su Iglesia (cf. *Ef 5,32*), sino que, según el plan de Dios, el hombre y la mujer realizan la vocación conyugal y colaboran con Él en la creación. Una sólida preparación de quienes se preparan a contraer matrimonio y un seguimiento de los hogares cristianos hará que se puedan ofrecer ejemplos convincentes de cómo debe ser la familia y su papel insustituible en la sociedad y en la Iglesia. Por ello, se ha de formar a los jóvenes llamados al matrimonio, así como a las familias ya constituidas, para que venzan las presiones de una cultura opuesta al matrimonio y a la institución familiar, de modo que vivan según el plan de

Dios y las verdaderas y genuinas exigencias del hombre y de la mujer. La humanidad se juega mucho con la institución familiar, llegando hasta hipotecar su futuro si no se la defiende y promueve adecuadamente. No se puede ceder ante modas y teorías que, bajo una apariencia de falsa modernidad y progreso, después se vuelven contra el hombre y crean tantas víctimas, empezando por los propios hijos o los mismos cónyuges abandonados.

9. Los laicos están llamados a desempeñar un papel de suma importancia ante los retos que plantean el presente y el futuro de El Salvador. En la medida en que los laicos cristianos vivan cada vez más abiertos a la presencia y a la gracia en lo profundo de su corazón serán más capaces de ofrecer a sus hermanos el testimonio de una vida renovada, tendrán la libertad y la fuerza de espíritu necesarias para transformar las relaciones sociales y la sociedad misma según los designios de Dios.

Para hacer presente en medio del mundo los valores del Evangelio, los cristianos necesitan estar firmemente enraizados en el amor de Dios y en la fidelidad a Cristo. Por ello, quiero exhortaros a intensificar los esfuerzos en la formación de un laicado adulto, que colabore activamente en la vida y misión de la Iglesia; en este sentido son útiles organismos, como el Instituto Superior de Catequesis, en San Salvador, para la preparación adecuada de los catequistas. En esta labor de formación, os animo igualmente a que prestéis una particular atención a los jóvenes que, por su situación, se encuentran expuestos más fácilmente a los peligros y a las seducciones de caminos fáciles e ilusorios. Presentadles en toda su autenticidad y riqueza los altos ideales de la vida y de la espiritualidad cristiana, para que aprendan los valores y pautas de comportamiento más aptos para afrontar los retos del presente.

10. Al concluir este encuentro deseo expresaros mi gratitud por el trabajo incansable que desarrolláis en todos los ámbitos de la acción pastoral. Os aliento a continuar con renovada esperanza la tarea de conducir al Pueblo de Dios que tenéis confiado hacia la meta de la patria celestial mediante el ejercicio de vuestro ministerio apostólico, brindando también así un excelente servicio a toda la comunidad nacional. Transmitid también mi saludo afectuoso y mi bendición a todos vuestros sacerdotes, religiosos, religiosas y demás fieles, especialmente a los que colaboran con mayor dedicación en la obra de la evangelización y a quienes sufren por cualquier causa y que, por ello, ocupan un lugar particular en el corazón del Papa. En estos días se celebra la fiesta de Nuestra Señora Reina de la Paz, patrona de El Salvador. Al invocar su maternal protección, le pido que interceda por la santidad de todos los fieles, por el bienestar de las familias y la prosperidad de vuestro País en justicia y en paz, a la vez que imparto a todos de corazón la Bendición Apostólica.

[01904-04.01] [Texto original: Español]

UDIENZA AI PARTECIPANTI ALLA PLENARIA DELLA CONGREGAZIONE PER IL CLERO

Alle 11.30 di questa mattina, nella Sala del Concistoro, il Santo Padre ha ricevuto in Udienza i partecipanti alla Plenaria della Congregazione per il Clero ed ha loro rivolto il discorso che riportiamo di seguito:

● DISCORSO DEL SANTO PADRE

Signori Cardinali,
Venerati Fratelli nell'Episcopato e nel Sacerdozio,
Carissimi Fratelli e Sorelle!

1. Con grande gioia vi accolgo, in occasione della Plenaria della Congregazione per il Clero. Saluto cordialmente il Cardinale Dario Castrillón Hoyos, Prefetto del Dicastero, e lo ringrazio per le cortesi parole che mi ha indirizzato a nome di tutti i presenti. Saluto i Signori Cardinali, i venerati Fratelli nell'Episcopato e i partecipanti alla vostra Congregazione Plenaria, che ha dedicato la sua attenzione a un tema tanto importante per la vita della Chiesa: il presbitero, pastore e guida della comunità parrocchiale. Ponendo l'accento sulla

funzione del presbitero nella comunità parrocchiale, si mette in luce la centralità di Cristo che sempre deve risaltare nella missione della Chiesa.

Cristo è presente alla sua Chiesa nel modo più sublime nel Santissimo Sacramento dell'Altare. Insegna il Concilio Vaticano II, nella Costituzione dogmatica *Lumen gentium*, che il sacerdote in *persona Christi* celebra il Sacrificio della Messa ed amministra i Sacramenti (cfr n. 10). Cristo, inoltre, come osservava opportunamente sulla scorta della Costituzione *Sacrosanctum Concilium*, n. 7, il mio venerato predecessore Paolo VI nella Lettera enciclica *Mysterium fidei*, è presente attraverso la predicazione e la guida dei fedeli, compiti ai quali il presbitero è personalmente chiamato (cfr AAS 57 [1965] 762 s.).

2. La presenza di Cristo, che in tal modo si attua in maniera ordinaria e quotidiana, fa della parrocchia un'autentica comunità di fedeli. Per la parrocchia avere un sacerdote quale proprio pastore è pertanto di fondamentale importanza. E quello di pastore è un titolo specificamente riservato al sacerdote. Il sacro Ordine del presbiterato rappresenta in effetti per lui la condizione indispensabile ed imprescindibile per essere nominato parroco validamente (cfr *Codice di Diritto Canonico*, can. 521, § 1). Altri fedeli possono certo collaborare con lui attivamente, perfino a tempo pieno, ma poiché non hanno ricevuto il sacerdozio ministeriale, non possono sostituirlo come pastore.

A determinare questa peculiare fisionomia ecclesiale del sacerdote è la relazione fondamentale che egli ha con Cristo Capo e Pastore, quale sua ripresentazione sacramentale. Notavo nell'Esortazione apostolica *Pastores dabo vobis*, che «il riferimento alla Chiesa è inscritto nell'unico e medesimo riferimento del sacerdote a Cristo, nel senso che è la "rappresentanza sacramentale" di Cristo a fondare e ad animare il riferimento del sacerdote alla Chiesa» (n. 16). La dimensione ecclesiale appartiene alla sostanza del sacerdozio ordinato. Esso è totalmente al servizio della Chiesa, tanto che la comunità ecclesiale ha assoluto bisogno del sacerdozio ministeriale per avere Cristo Capo e Pastore presente in essa. Se il sacerdozio comune è conseguenza del fatto che il Popolo cristiano è scelto da Dio come ponte con l'umanità e riguarda ogni credente in quanto inserito in questo popolo, il sacerdozio ministeriale invece è frutto di una elezione, di una vocazione specifica: «Gesù chiamò a sé i suoi discepoli e ne scelse dodici» (*Lc* 6, 13-16). Grazie al sacerdozio ministeriale i fedeli sono resi consapevoli del loro sacerdozio comune e lo attualizzano (cfr *Ef* 4, 11-12); il sacerdote infatti ricorda loro che sono Popolo di Dio e li abilita all'«offerta di quei sacrifici spirituali» (cfr *1 Pt* 2, 5), mediante i quali Cristo stesso fa di noi un eterno dono al Padre (cfr *1 Pt* 3, 18). Senza la presenza di Cristo rappresentato dal presbitero, guida sacramentale della comunità, questa non sarebbe in pienezza una comunità ecclesiale.

3. Dicevo prima che Cristo è presente nella Chiesa in maniera eminente nell'Eucarestia, fonte e culmine della vita ecclesiale. E' presente realmente nella celebrazione del santo Sacrificio, come pure quando il pane consacrato viene custodito nel tabernacolo «come il cuore spirituale della comunità religiosa e parrocchiale» (Paolo VI, Lettera enciclica *Mysterium fidei*, AAS 57 [1965], 772).

Per questa ragione, il Concilio Vaticano II raccomanda che «i parroci abbiano cura che la celebrazione del Sacrificio Eucaristico sia il centro e il culmine di tutta la vita della comunità cristiana» (Decr. *Christus Dominus*, n. 30).

Senza il culto eucaristico, come proprio cuore pulsante, la parrocchia inaridisce. Giova a tal proposito ricordare quanto scrivevo nella Lettera apostolica *Dies Domini*: «Tra le numerose attività che una parrocchia svolge, nessuna è tanto vitale o formativa della comunità quanto la celebrazione domenicale del giorno del Signore e della sua Eucarestia» (n. 35). Nulla sarà mai in grado di supplirla. La stessa liturgia della sola Parola, quando sia effettivamente impossibile assicurare la presenza domenicale del sacerdote, è lodevole per mantenere viva la fede, ma deve sempre conservare, come meta verso cui tendere, la regolare celebrazione eucaristica.

Dove manca il sacerdote si deve, con fede ed insistenza, supplicare Iddio perché susciti numerosi e santi operai per la sua vigna. Nella citata Esortazione apostolica *Pastores dabo vobis* ribadivo che «oggi l'attesa orante di nuove vocazioni deve diventare sempre più un'abitudine costante e largamente condivisa nell'intera comunità cristiana e in ogni realtà ecclesiale» (n. 38). Lo splendore dell'identità sacerdotale, l'esercizio integrale del conseguente ministero pastorale unitamente all'impegno dell'intera comunità nella preghiera e nella penitenza

personale, costituiscono gli elementi imprescindibili per un'urgente e indilazionabile pastorale vocazionale. Sarebbe errore fatale rassegnarsi alle attuali difficoltà, e comportarsi di fatto come se ci si dovesse preparare ad un Chiesa del domani, immaginata quasi priva di presbiteri. In questo modo, le misure adottate per rimediare a carenze attuali risulterebbero per la Comunità ecclesiale, nonostante ogni buona volontà, di fatto seriamente pregiudizievoli.

4. La parrocchia è inoltre luogo privilegiato dell'annuncio della Parola di Dio. Questo si articola in diverse forme e ciascun fedele è chiamato a prendervi parte attiva, specialmente con la testimonianza della vita cristiana e l'esplicita proclamazione del Vangelo, sia ai non credenti per condurli alla fede, sia a quanti sono già credenti per istruirli, confermarli ed indurli ad una vita più fervente. Quanto al sacerdote, egli «annuncia la Parola nella sua qualità di "ministro", partecipe dell'autorità profetica di Cristo e della Chiesa» (*Pastores dabo vobis*, n. 26). E per assolvere fedelmente a questo ministero, corrispondendo al dono ricevuto, egli per «primo deve sviluppare una grande familiarità personale con la Parola di Dio» (*ibid.*). Quand'anche egli fosse superato da altri fedeli non ordinati nella facondia, ciò non cancellerebbe il suo essere ripresentazione sacramentale di Cristo Capo e Pastore, ed è da questo che deriva soprattutto l'efficacia della sua predicazione. Di questa efficacia ha bisogno la comunità parrocchiale, specialmente nel momento più caratteristico dell'annuncio della Parola da parte dei ministri ordinati: proprio per questo la proclamazione liturgica del Vangelo e l'omelia che la segue, sono entrambe riservate al sacerdote.

5. Anche la funzione di guidare come pastore la comunità, funzione propria del parroco, deriva dal suo peculiare rapporto con Cristo Capo e Pastore. E' funzione che riveste carattere sacramentale. Non è affidata al sacerdote dalla comunità, ma, per il tramite del Vescovo, proviene a lui dal Signore. Riaffermare ciò con chiarezza ed esercitare tale funzione con umile autorevolezza costituisce un'indispensabile servizio alla verità e alla comunione ecclesiale. La collaborazione di altri, che non hanno ricevuto questa configurazione sacramentale a Cristo, è auspicabile e spesso necessaria. Questi, tuttavia, non possono surrogare in alcun modo il compito di pastore proprio del parroco. I casi estremi di penuria di sacerdoti, che consigliano una collaborazione più intensa ed estesa di fedeli non insigniti del sacerdozio ministeriale, nell'esercizio della cura pastorale di una parrocchia, non costituiscono affatto eccezione a questo criterio essenziale per la cura delle anime, come in modo inequivocabile risulta stabilito dalla normativa canonica (cfr *Codice di Diritto Canonico*, can. 517, § 2). In questo campo, oggi molto attuale, l'Esortazione interdicasteriale *Ecclesiae de mysterio*, che ho approvato in modo specifico, costituisce la sicura traccia da seguire.

Nell'adempimento del proprio dovere di guida, con responsabilità personale, il parroco trarrà sicuro giovamento dagli organismi di consultazione previsti dal Diritto (cfr *Codice di Diritto Canonico*, cann. 536-537); ma questi ultimi dovranno mantenersi fedeli alla propria finalità consultiva. Sarà pertanto necessario guardarsi da qualsiasi forma che, di fatto, tenda ad esautorare la guida del presbitero parroco, perché verrebbe ad essere snaturata la fisionomia stessa della comunità parrocchiale.

6. Rivolgo ora il mio pensiero pieno di affetto e di riconoscenza ai parroci sparsi nel mondo, specialmente a coloro che operano negli avamposti dell'evangelizzazione. Li incoraggio a proseguire nel loro compito faticoso, ma veramente prezioso per l'intera Chiesa. Raccomando a ciascuno di ricorrere, nell'esercizio del quotidiano "munus" pastorale, all'aiuto materno della Beata Vergine Maria, cercando di vivere in profonda comunione con Lei. Nel sacerdozio ministeriale, come scrivevo nella *Lettera ai sacerdoti, in occasione del Giovedì Santo del 1979*, "c'è la dimensione stupenda e penetrante della vicinanza alla Madre di Cristo" (n. 11). Quando celebriamo la santa Messa, cari Fratelli sacerdoti, accanto a noi sta la Madre del Redentore, che ci introduce nel mistero dell'offerta redentrice del suo divin Figlio. "Ad Jesum per Mariam": sia questo il nostro quotidiano programma di vita spirituale e pastorale!

Con tali sentimenti, mentre assicuro la mia preghiera, imparto a ciascuno una speciale Benedizione Apostolica, che volentieri estendo a tutti i sacerdoti del mondo.

UDIENZA AI PARTECIPANTI AL SIMPOSIO INTERNAZIONALE *IUS ECCLESiarUM - VEHICULUM CARITATIS* PROMOSSO DALLA CONGREGAZIONE PER LE CHIESE ORIENTALI

Alle 12.00 di questa mattina, nella Sala Clementina del Palazzo Apostolico Vaticano, il Papa ha ricevuto in Udienza i partecipanti al Simposio Internazionale "*Ius Ecclesiarum - vehiculum caritatis*", promosso dalla Congregazione per le Chiese Orientali, ed ha loro rivolto il discorso che pubblichiamo di seguito:

• DISCORSO DEL SANTO PADRE

1. Sono molto lieto di potervi rivolgere la mia parola, venerati Fratelli, che prendete parte al Simposio promosso dalla Congregazione per le Chiese Orientali in occasione del decimo anniversario dell'entrata in vigore del *Codex Canonum Ecclesiarum Orientalium*. Saluto tutti e ciascuno in particolare, a cominciare dal Prefetto della Congregazione, Sua Beatitudine il Cardinale Ignace Moussa I Daoud, che ringrazio per i sentimenti espressi a nome di tutti i presenti.

Una speciale parola di apprezzamento voglio riservare a quanti hanno collaborato a questa iniziativa di approfondimento scientifico, preparandone la celebrazione e guidandone lo svolgimento. In particolare, intendo ringraziare i membri del Comitato scientifico insieme con i Relatori, che hanno recato al Simposio il contributo prezioso della loro specifica competenza. Né voglio trascurare di estendere l'espressione del mio grato riconoscimento a quanti con il loro servizio nascosto ma validissimo ne hanno assicurato la felice riuscita.

2. Ieri ho pregato il Signor Cardinale Segretario di Stato di anticiparvi i miei saluti insieme con alcune considerazioni sui punti importanti della disciplina canonica vigente. Stamane vorrei piuttosto riflettere con voi sul momento in cui si colloca la presente ricorrenza. Essa risente ancora beneficamente del Grande Giubileo dell'Anno 2000, nel quale Oriente ed Occidente si sono sentiti più strettamente uniti nel celebrare l'evento decisivo della nascita di Cristo. Tutta la Chiesa, in quei mesi, si è volta con particolare intensità di fede e di amore verso Oriente. Io stesso, quasi interpretando questo diffuso sentimento dei cristiani del mondo intero, mi feci pellegrino verso la Terra Santa. Fu quello, nel senso più profondo, un pellegrinaggio "*ad Orientem*", cioè a Cristo, là dove Egli si incarnò "*sorgendo dall'alto*", come Redentore dell'uomo e speranza del mondo: "*orientale Lumen*"! (cfr Lett. ap. *Orientale Lumen*, 1).

Nella luce profetica degli eventi giubilari, guardiamo con speranza, all'inizio del terzo millennio, al cammino futuro verso la piena unità dei cristiani. Per questo, come sapete, confido molto sul contributo delle Chiese Orientali, "*auspicando che riprenda pienamente quello scambio di doni che ha arricchito la Chiesa del primo millennio*" (Lett. ap. *Novo millennio ineunte*, 48).

3. Giustamente, pertanto, il vostro Simposio ha avuto presente la necessità di intensificare le relazioni fraterne con gli altri cristiani e, in particolare, con le Chiese ortodosse. Vedo con piacere, a questo proposito, che al Simposio prende parte anche un rappresentante di tali Chiese: lo saluto con affetto. Grazie al Concilio Vaticano II e all'impegno profuso in questi anni, che ho voluto appoggiare e incoraggiare tante volte, "*è stata riconosciuta la grande tradizione liturgica e spirituale delle Chiese d'Oriente, il carattere specifico del loro sviluppo storico, le discipline da loro seguite sin dai primi tempi e sancite dai santi Padri e dai Concili ecumenici, il modo che è loro proprio di enunciare la dottrina. Tutto ciò nella legittima diversità che non si oppone affatto all'unità della Chiesa, anzi ne accresce il decoro e contribuisce non poco al compimento della sua missione*" (Lett. enc. *Ut unum sint*, 50). Esprimo l'auspicio che il cammino di riconciliazione tra Oriente ed Occidente sia per voi una preoccupazione costante e prioritaria, come lo è per il Vescovo di Roma.

In questa prospettiva, la Provvidenza mi ha concesso di compiere passi assai significativi durante i recenti viaggi apostolici in Grecia, in Siria, in Ucraina, in Kazakistan e in Armenia. Le celebrazioni liturgiche e gli incontri fraterni, che in tali circostanze ho avuto modo di vivere, costituiscono per me un incessante motivo di consolazione. In essi ho visto realizzarsi i voti del Concilio Ecumenico Vaticano II, che considera il patrimonio ecclesiastico e spirituale delle Chiese Orientali come bene di tutta la Chiesa (cfr Decr. *Orientalium Ecclesiarum*, 5).

Proprio perché fosse salvaguardata e promossa la specificità di tale patrimonio, il 18 ottobre 1990 ho promulgato il Codice dei Canoni delle Chiese Orientali, entrato poi in vigore il primo ottobre dell'anno successivo.

4. Nella Costituzione apostolica *Sacri canones*, espressi l'augurio che, grazie a tale strumento giuridico, potesse essere favorita nelle Chiese Orientali quella "tranquillità dell'ordine" che già avevo auspicato in occasione della promulgazione del nuovo Codice latino. L'ordine a cui mira il Codice, precisavo, è quello che assegna il primato all'amore, alla grazia e al carisma, rendendo agevole il loro organico sviluppo nella vita dei singoli fedeli e dell'intera comunità ecclesiale (cfr AAS 82 [1990] 1042-1043).

Lo stesso augurio ricordo di aver ribadito alcuni giorni dopo davanti all'VIII Assemblea Generale Ordinaria del Sinodo dei Vescovi, rilevando che i vari Corpi di leggi regolanti la disciplina ecclesiastica, seppure articolati in numerosi canoni e paragrafi, non sono che una particolare espressione del precetto dell'amore che Gesù, Nostro Signore, ci ha lasciato nell'Ultima Cena, e che la Chiesa, insieme con l'Apostolo Paolo (cfr *Gal* 5,14), ha sempre considerato come il precetto che riassume in sé ogni altro precetto (cfr n. 5: AAS 83 [1991], 488-489).

Mi è stato, pertanto, molto gradito apprendere che il presente Simposio ha come tema il motto "*Ius Ecclesiarum - vehiculum caritatis*". Questo motto raccoglie l'intendimento più profondo del Legislatore ecclesiastico nella promulgazione dei vari ordinamenti giuridici. Sono grato che ciò sia stato capito, ed anche messo in evidenza nel "logo" del Simposio, mediante una significativa immagine, ispirata ad un mosaico di Sant'Apollinare Nuovo in Ravenna, città legata alla tradizione bizantina. In essa sono raffigurate tre navi, simbolo delle singole Chiese particolari che a gonfie vele, con la forza dello Spirito Santo, garante della comunione gerarchica con la Chiesa di Roma, conducono le anime attraverso il mare, spesso burrascoso, della vita al sicuro porto della salvezza eterna.

5. Venerati Fratelli! Al termine di queste mie brevi riflessioni, vorrei confidarvi la gioia con cui ho notato che nel vostro Simposio una particolare relazione è stata dedicata al tema "*Theotokos e Codex Canonum Ecclesiarum Orientalium*". Alla Madre di tutta la Chiesa ho affidato a suo tempo, come ben sapete, la preparazione di questo Codice e la sua promulgazione. A Lei, concludendo la Costituzione promulgativa, rivolsi allora una speciale preghiera. Quella preghiera rinnovo oggi con lo stesso fervore: "Con la sua materna intercessione impetri dal Figlio suo che questo Codice diventi un veicolo di quella carità che, dimostrata abbondantemente dal Cuore di Cristo trafitto in croce dalla lancia, secondo la straordinaria testimonianza del santo apostolo Giovanni, dev'essere profondamente radicata nell'anima di ogni essere umano" (AAS [1990] 1043).

A tutti la mia Benedizione!

[01906-01.02] [Testo originale: Italiano]

MESSAGGIO DEL SANTO PADRE AL CARD. ALFONSO LOPEZ TRUJILLO, PRESIDENTE DEL PONTIFICIO CONSIGLIO PER LA FAMIGLIA

In occasione del Congresso sul tema "*La Familiaris Consortio* nel suo ventesimo, dimensione antropologica e pastorale", promosso dal Pontificio Consiglio per la Famiglia per il XX anniversario della pubblicazione dell'Esortazione Postsinodale *Familiaris Consortio*, Giovanni Paolo II ha inviato al Card. Alfonso López Trujillo, Presidente del medesimo Pontificio Consiglio, il Messaggio che pubblichiamo di seguito:

AL SIGNOR CARDINALE
ALFONSO LOPEZ TRUJILLO
PRESIDENTE DEL PONTIFICIO CONSIGLIO PER LA FAMIGLIA

Saluto cordialmente i partecipanti al Congresso sul tema «La *Familiaris Consortio* nel suo ventesimo, dimensione antropologica e pastorale», promosso da codesto Pontificio Consiglio in occasione del XX anniversario della pubblicazione dell'Esortazione Postsinodale *Familiaris Consortio*.

Saluto Lei, venerato Signor Cardinale, che presiede alle attività del Dicastero; saluto il Segretario e il Sottosegretario, e tutti i collaboratori come pure quanti hanno curato la preparazione di questo incontro, che commemora un evento di singolare importanza per la vita della Chiesa, e tocca uno degli argomenti che più mi sta a cuore: la *famiglia*. Il panorama che esso intende analizzare è quanto mai vasto e attiene all'identità e alla missione della famiglia voluta da Dio per «custodire, rivelare e comunicare l'amore» (FC, n. 17). Nei venti anni trascorsi abbiamo assistito al formarsi di una nuova coscienza e di una nuova sensibilità riguardo alla famiglia.

Venti anni che segnano anche l'esistenza del Pontificio Consiglio per la Famiglia, al quale volli affidare il compito di approfondire e valorizzare ogni aspetto delle ricchezze contenute nelle *Propositiones* del Sinodo (cfr FC, n. 2). Rendo grazie a Dio per il lavoro svolto dal vostro Dicastero a difesa e al servizio del Vangelo della Famiglia.

2. In questo periodo, anche se non sono mancate insidie all'istituto familiare forse tra le più pericolose nella storia, sono andate consolidandosi alcune comuni convinzioni. Ad esempio, la causa integrale della famiglia e della vita è oggi riscoperta e promossa in tanti ambiti come valore e diritto appartenente al patrimonio comune dell'umanità. Il Magistero della Chiesa ha fornito significative tracce per questo rinnovamento, con numerosi e importanti interventi e insegnamenti. Già al tempo del Concilio Vaticano II, la famiglia veniva considerata come uno dei temi, su cui occorre illuminare le coscienze dei cristiani e della intera umanità. Su questa scia molti passi sono stati compiuti. L'appello: «*Famiglia, diventa ciò che sei*», contenuto nella citata Esortazione Pastorale (n. 17), tanta eco ha avuto nella pubblica opinione.

«*Famiglia, diventa ciò che sei*», ripeto ancora oggi!

Come istituzione naturale, la comunità familiare è stata voluta da Dio al «principio», con la creazione dell'uomo e della donna, per il bene degli uomini. È a questo «principio» che Cristo si richiama, quando i farisei tentano di travisarne la struttura (Mt 19, 3-12). Non è dato agli uomini il potere di mutare il progetto originario del Creatore.

L'Esortazione Postsinodale *Familiaris Consortio* ha notevolmente approfondito i compiti specifici dell'istituto familiare dei quali parlava già la Costituzione conciliare *Gaudium et Spes*.

Ogni famiglia deve essere una vera comunione di persone - «*communio personarum*» nel rispetto della dignità dei singoli che la compongono. In questo contesto di mutua comprensione si colloca il "servizio alla vita", secondo i due complementari significati, unitivo e procreativo, della sessualità, come ha insegnato il mio venerato predecessore, il Servo di Dio Paolo VI, nella Enciclica *Humanae Vitae*.

3. Al progressivo consolidarsi della consapevolezza da parte della famiglia della propria missione nella Chiesa e nella società hanno contribuito numerosi eventi, che in questi anni hanno visto la partecipazione sempre più numerosa di famiglie. Penso, ad esempio, agli Incontri Mondiali di Roma, in occasione dell'Anno Internazionale della Famiglia del 1994, all'Incontro di Rio di Janeiro nel 1997, e a quello del Giubileo delle Famiglie, lo scorso anno. Ringrazio il Signore per questa crescita di autocoscienza che la famiglia ha offerto di se stessa e della sua missione.

Tuttavia, accanto a consolanti traguardi conseguiti, è doveroso registrare l'aggressione violenta (cfr. FC, n. 46) da parte di alcuni settori della moderna società all'istituto della famiglia e alla sua funzione sociale. Taluni progetti di legge non consoni con il bene vero della famiglia fondata sul matrimonio monogamico e con la protezione della inviolabilità della vita umana hanno visto la luce, favorendo l'infiltrarsi di pericolose ombre della "cultura di morte" all'interno del focolare domestico. Preoccupazione desta pure la crescente divulgazione nei fori internazionali di fuorvianti concezioni della sessualità e della dignità e missione della donna, soggiacenti a determinate ideologie sul «genere» («gender»).

Che dire poi della crisi di tante famiglie divise, delle persone sole e della situazione delle cosiddette unioni di fatto? Fra le pericolose strategie contro la famiglia c'è altresì il tentativo di negare dignità umana all'embrione prima dell'impianto nel seno materno, come pure attentarne all'esistenza con vari metodi.

Quando si parla della famiglia, non si può non accennare ai figli, che in diversi modi sono vittime innocenti delle comunità familiari disarticolate.

4. Nel panorama, appena delineato, risalta quanto mai necessaria la missione delle famiglie cristiane. Il loro esempio di gioia e di donazione, di sforzo e di capacità di sacrificio, sulle orme della Santa Famiglia, può risultare decisivo nell'incoraggiare altri nuclei familiari a corrispondere alla grazia della loro vocazione. Quanto trascinate è in effetti il modello di una famiglia cristiana! Nella sua umiltà e semplicità, la testimonianza di vita domestica può divenire un veicolo di evangelizzazione di prim'ordine. Per questo è bene che ad essa dedichino attenzione e cura le diverse istituzioni ecclesiali. Ugualmente, non si tralasci di offrire il necessario sostegno a quelle situazioni familiari difficili, che richiedono una maggiore assistenza pastorale, come ad esempio ai divorziati risposati. Si può dire che dopo la pubblicazione della *Familiaris Consortio*, l'interesse per la famiglia nella Chiesa si è accentuato, e innumerevoli sono le Diocesi e le parrocchie nelle quali la pastorale familiare è diventata obiettivo prioritario. Vanno diffondendosi associazioni e movimenti in favore della famiglia e della vita. Persone di buona volontà contribuiscono, con il loro generoso sforzo, alla formazione di una nuova cultura "pro-vita". Con grande apprezzamento ricordo qui gli Incontri promossi dal vostro Pontificio Consiglio durante questi due decenni. In primo luogo, quello con i Vescovi responsabili della pastorale della famiglia e della vita in tutta la Chiesa, che è risultata una valida occasione per approfondire le nuove problematiche familiari.

Di speciale importanza è il dialogo con politici e legislatori intorno alla verità della famiglia fondata sul matrimonio monogamico e alla dignità della vita umana dal primo istante del suo concepimento. Al riguardo, gli Incontri continentali e nazionali promossi dal vostro Pontificio Consiglio hanno spianato promettenti cammini di dialogo, capaci di infondere spirito cristiano ai dibattiti parlamentari e alle pubbliche legislazioni che regolano la vita dei popoli. La stessa Carta dei Diritti della Famiglia, pubblicata nel 1983, era già stata chiesta nel corso del Sinodo ordinario del 1980.

5. «*Famiglia, credi in ciò che sei; credi nella tua vocazione ad essere segno luminoso dell'amore di Dio*». Ripeto oggi a voi queste parole che ebbi a pronunciare nel corso dell'Incontro con le Famiglie, il 20 ottobre dell'anno scorso.

Famiglia, sii per gli uomini del nostro tempo "santuario della vita". Famiglia cristiana, sii "chiesa domestica", fedele alla tua vocazione evangelica. Proprio perché «consapevole che il matrimonio e la famiglia costituiscono uno dei beni più preziosi dell'umanità, la Chiesa intende offrire il suo aiuto a chi, già conoscendo il valore del matrimonio e della famiglia, cerca di viverlo fedelmente, come pure a chi incerto ed ansioso, è alla ricerca della verità, senza tralasciare chi è ingiustamente impedito di vivere liberamente il proprio progetto familiare» (FC, n. 1).

La famiglia, quando vive in pienezza le esigenze dell'amore e del perdono, diviene baluardo sicuro della civiltà dell'amore e speranza per l'avvenire dell'umanità.

Forte di questa consapevolezza, continui il vostro Dicastero ad operare sempre più coraggiosamente al servizio del Vangelo della Famiglia.

Mentre auspico pieno successo al vostro Congresso, assicuro il mio ricordo nella preghiera e, invocando la speciale protezione di Maria, *Regina Familiae*, imparto di cuore a tutti una speciale Benedizione Apostolica.

Dal Vaticano, 22 Novembre 2001.

[01907-01.01] [Testo originale: Italiano]

MESSAGGIO DEL SANTO PADRE AL PRESIDENTE DELLE SETTIMANE SOCIALI DI FRANCIA

Pubblichiamo di seguito il Messaggio che il Santo Padre ha inviato al Presidente delle Settimane Sociali di Francia, il Signor Michel Camdessus, in occasione del Congresso su biologia, medicina e società, in corso a Issy-les-Moulineaux (Parigi) dal 23 al 25 novembre 2001:

À Monsieur Michel CAMDESSUS
Président des *Semaines sociales de France*

1. Vous avez choisi comme thème de la session des *Semaines sociales de France* de cette année, qui a lieu à Paris du 23 au 25 novembre 2001 : «*Biologie, médecine et société, que ferons-nous de l'homme ?*». Il est particulièrement opportun d'aborder aujourd'hui de manière nouvelle les questions complexes de la bioéthique, en faisant appel à des spécialistes dans différents domaines du savoir scientifique, technique, philosophique et théologique. En effet, il importe que nos contemporains, souvent troublés et perdus devant les progrès de la science et leurs implications éthiques, soient non seulement informés de toutes les possibilités consenties par la science, mais surtout qu'ils aient les moyens de former leur conscience, en vue de prendre des décisions conformes aux valeurs humaines et morales fondamentales, qui manifestent la place insigne de l'homme dans la création.

2. L'Église catholique apprécie et encourage la recherche en biomédecine lorsqu'elle vise la prévention et la guérison des maladies, le soulagement de la souffrance et le bien-être de l'homme. Elle sait que «si la recherche est menée d'une manière vraiment scientifique et suivant les normes de la morale, elle ne sera jamais réellement en conflit avec la foi» (*Gaudium et spes*, n. 36). Bien plus, la recherche permet de découvrir les grandes lois qui régissent les fonctionnements de la matière et du vivant, de constater l'ordre inscrit dans la création et d'apprécier les merveilles de l'homme, dans son intelligence et dans son corps, d'en pénétrer davantage le mystère ; en lui, dans une certaine mesure, se reflète la lumière du Verbe «par qui tout a été créé» (*Jn 1,3*). Désirant faire partager le sens de l'homme qu'elle reçoit du Sauveur, l'Église veut apporter sa contribution à la réflexion pour aider ceux qui ont en charge le bien commun et toutes les personnes qui ont à prendre de graves décisions en ces domaines de la vie. Il importe en effet que la science ne réduise pas l'homme à un objet, mais soit véritablement et pleinement à son service. Toutefois, l'Église n'ignore pas la complexité parfois dramatique de situations vécues douloureusement par des personnes, et elle est aussi consciente des pressions exercées par de puissants intérêts économiques. Les fidèles de l'Église catholique et tous les hommes de bonne volonté sont appelés à s'engager dans le débat pour défendre la dignité de l'homme. Je vous encourage donc à conduire vos travaux dans le souci de la vérité, donnant ainsi aux hommes de notre temps des éléments assurés pour leur réflexion et pour leurs prises de décision.

3. En plaçant l'homme et son inaliénable dignité au cœur de votre démarche interdisciplinaire, vous manifestez l'urgente nécessité de faire appel à toutes les ressources de la sagesse et de l'expérience, de la raison et de la science, pour mieux le servir. Les découvertes et les changements qui ont marqué les disciplines biomédicales ont mis en évidence que, derrière des avancées fulgurantes qui renvoient au mystère même de la vie, la science est parfois comme étourdie par sa puissance et qu'elle est tentée de manipuler l'homme comme s'il n'était qu'objet ou matière. Devant cette situation inédite des connaissances et des possibilités offertes par la science et la technique, je forme le vœu que vos échanges aident à une analyse lucide des enjeux et des conséquences des progrès, chances et défis pour l'homme et pour l'humanité. En raison de sa dignité intrinsèque, qui intègre pleinement la dimension biologique, l'individu humain ne peut jamais et d'aucune manière être subordonné ni à l'espèce, ni à la société, ni au bon vouloir d'autres personnes, fussent-elles ses parents, comme un pur moyen ou un pur instrument ; il a valeur pour lui-même. Cette vérité, qui appartient de soi à la loi naturelle, s'éclaire pour les chrétiens d'une lumière nouvelle en Jésus Christ, Verbe incarné qui, «Nouvel Adam, manifeste pleinement l'homme à lui-même et lui découvre la sublimité de sa vocation» (*Gaudium et spes* n. 22). La raison

et la foi permettent l'engagement constant des chrétiens, au long de l'histoire, pour la défense de la personne, spécialement de l'être faible, vulnérable ou marginalisé, et de l'enfant à naître. «Il n'y a aucun homme, aucune autorité humaine, aucune science, aucune 'indication' médicale, eugénique, sociale, économique, morale, qui puisse exhiber ou donner un titre juridique valable pour disposer directement et délibérément d'une vie humaine innocente, c'est-à-dire en disposer en vue de sa destruction envisagée soit comme but, soit comme moyen d'obtenir un but qui peut-être en soi n'est pas du tout illégitime» (Pie XII, *Discours aux participants du Congrès de l'Union catholique italienne des sages-femmes*, 29 octobre 1951, n. 12).

4. Aujourd'hui la dignité de l'homme est menacée, notamment dans les phases les plus critiques de l'existence, la conception et la mort naturelle ; une tentation nouvelle se fait jour, celle de s'arroger le droit de fixer, de déterminer, les seuils d'humanité d'une existence singulière. Comment oublier, comme je le rappelais dans l'encyclique *Evangelium vitæ*, que «dès que l'ovule est fécondé, se trouve inaugurée une vie qui n'est celle ni du père ni de la mère, mais d'un nouvel être humain qui se développe pour lui-même. Il ne sera jamais rendu humain s'il ne l'est pas dès lors» (n. 60) ? La génétique moderne montre que dès le premier instant «se trouve fixé le programme de ce que sera ce vivant : une personne, cette personne individuelle avec ses notes caractéristiques déjà bien déterminées» (*Ibid.*). Cela exige un respect absolu de l'être humain, depuis la phase embryonnaire jusqu'à la fin de son existence, être qui ne peut jamais être considéré comme un objet ou un matériau d'expérimentation. De même, il convient de traiter avec respect les cellules germinales humaines en raison même du patrimoine humain dont elles sont porteuses.

5. L'expérimentation biomédicale qui n'aurait pas pour objectif le bien du sujet considéré comporte des aspects sélectifs et discriminatoires inacceptables; en effet, toute démarche thérapeutique ou de recherche doit avoir comme but l'être sur lequel elle se réalise. Des bienfaits hypothétiques pour l'humanité et pour le progrès de la recherche ne peuvent nullement constituer un critère décisif de bonté morale. Cela contribue indubitablement à un affaiblissement des convictions morales concernant l'être humain, favorisant l'acceptation de la mise à l'écart de personnes atteintes de handicaps congénitaux, auxquelles le diagnostic pré-implantatoire et un développement abusif du dépistage prénatal donnent lieu. De nombreux pays sont déjà engagés sur la voie d'une sélection des enfants à naître, tacitement encouragée, qui constitue un véritable eugénisme et qui conduit à une sorte d'anesthésie des consciences, blessant gravement par ailleurs les personnes atteintes de handicaps congénitaux et celles qui les accueillent. Une telle attitude plus ou moins généralisée conduit aussi, comme on commence à s'en apercevoir, à l'apparition d'un certain nombre de pathologies conjugales et familiales. D'autre part, de tels comportements ne peuvent que dissuader d'entreprendre les efforts nécessaires à la découverte de nouvelles thérapeutiques, à l'accueil et à l'intégration des personnes porteuses d'un handicap, renforçant chez ces dernières un fort sentiment d'anormalité et d'exclusion. Je rends grâce pour les efforts des parents qui ont accepté d'accueillir un enfant handicapé, montrant par là leur attachement à la vie. Il faut souhaiter qu'ils puissent être sans cesse soutenus et aidés par la société, qui a le devoir de la solidarité. Le développement à visée sélective du dépistage prénatal, le diagnostic pré-implantatoire, ainsi que l'utilisation, la production et la destruction d'embryons humains dans le simple but d'expérimentation et d'obtention de cellules souches embryonnaires, constituent de graves atteintes au respect absolu dû à toute vie et à la grandeur de tout être humain, qui ne dépend pas de son aspect extérieur ou des liens qu'il entretient avec les autres membres de la société. Je sais gré au Conseil permanent de la Conférence des Évêques de France d'avoir alerté l'opinion et d'avoir contribué à former les consciences en publiant en 1998 le document «*Essor de la génétique et dignité humaine*».

6. Les possibilités technologiques apparues dans le champ de la bio-médecine appellent l'intervention de l'autorité politique et du législateur, car c'est là une question qui dépasse la seule sphère scientifique. À l'autorité publique revient le devoir «d'agir de telle manière que la loi civile soit réglée sur les normes fondamentales de la loi morale pour tout ce qui concerne les droits de l'homme, de la vie humaine et de l'institution familiale» (*Congrégation pour la Doctrine de la Foi, Instruction sur le respect de la vie humaine naissante et la dignité de la procréation, III*). Il revient aussi au législateur de proposer les règles juridiques qui protégeront les personnes de tous les éventuels arbitrages, qui constituent en quelque sorte des négations de l'être humain, de sa dignité et de ses droits fondamentaux. Les choix législatifs et politiques doivent être orientés vers le bien des personnes et de la société tout entière, et non fonction de seules exigences scientifiques qui, de soi, n'ont pas la possibilité d'élaborer et d'établir une critériologie morale. L'avenir de l'homme et de l'humanité est en grande partie lié à sa capacité d'examiner rigoureusement les différentes questions bioéthiques, sur le plan éthique, sans craindre de

remettre en cause des comportements devenus courants.

7. La multiplication d'échanges interdisciplinaires et une réflexion philosophique et théologique favoriseront le travail de vérité et de respect du mystère de l'être humain, et elles éviteront toute tentation de fonder des comportements sur des facteurs uniquement scientifiques, sur des circonstances particulières, sur le désir des personnes, ou en fonction de pressions des marchés financiers ou d'intérêts particuliers. Le dialogue que vous poursuivez avec les différents partenaires sociaux peut permettre de rétablir l'harmonie entre les exigences de la recherche et les valeurs humaines. La construction d'une société où chacun a la place qui lui revient au titre de son appartenance à l'humanité ne dépend ni de sa fonction ni de son utilité. C'est particulièrement aux heures où la maladie et la souffrance viennent affaiblir les personnes, et les rendre plus fragiles, qu'il convient de percevoir la valeur et le sens de chaque existence. À cette tâche œuvrent de manière admirable ceux qui, étant de tant de manières au service des malades, leur apportent, au sein d'un univers médical marqué par une technicisation croissante, cet irremplaçable surcroît d'attention et de délicate tendresse qui leur manifeste qu'ils sont des personnes à part entière. C'est vers le personnel médical et paramédical, vers les équipes d'aumônerie et de visiteurs d'hôpitaux, vers toutes les personnes qui sont engagées dans les soins palliatifs et qui sont les compagnons de ceux qui souffrent, vers les chercheurs, les philosophes, les responsables politiques, et vers tous ceux qui sont engagés dans ce travail quotidien au service de la dignité de la personne, que vont la pensée et la reconnaissance de l'Église. Leur engagement et leurs convictions sont précieux et sont source d'espérance.

8. Puissent les travaux des *Semaines sociales* encourager chacun à réaffirmer la grandeur et la valeur de toute vie humaine, valeur sans laquelle la vie sociale n'est plus possible, et le progrès humain authentique menacé ! Puissent-ils être un lieu de proposition pour un avenir meilleur et contribuer à entretenir en tous un regard contemplatif, qui naît de la foi dans le Dieu de la vie, «qui voit la vie dans sa profondeur, en en saisissant les dimensions de gratuité, de beauté, d'appel à la liberté et à la responsabilité. C'est le regard qui ne prétend pas se faire le maître de la réalité mais qui l'accueille comme un don, découvrant en toute chose le reflet du Créateur et en toute personne son image vivante» (Encyclique *Evangelium vitæ*, n. 83) !

Invoquant le Christ, Roi de l'Univers, afin que grandisse dans le monde la civilisation de l'amour, je vous accorde de grand cœur la Bénédiction apostolique, ainsi qu'aux organisateurs, aux intervenants et aux participants des *Semaines sociales de France*.

Du Vatican, le 15 novembre 2001.

IOANNES PAULUS II

[01908-03.01] [Texte original: Français]

INTERVENTO DELL'EM.MO CARD. ANGELO SODANO, SEGRETARIO DI STATO, AL SIMPOSIO INTERNAZIONALE IUS ECCLESiarUM - VEHICULUM CARITATIS

Pubblichiamo di seguito l'intervento che l'Em.mo Card. Angelo Sodano, Segretario di Stato, ha rivolto ieri ai partecipanti al Simposio Internazionale *Ius Ecclesiarum - vehiculum caritatis*, promosso dalla Congregazione per le Chiese Orientali:

• DISCORSO DELL'EM.MO CARD. ANGELO SODANO Nel X anniversario dell'entrata in vigore del *Codex Canonum Ecclesiarum Orientalium*

Venerati Signori Cardinali e Patriarchi,

Fratelli nell'episcopato e nel sacerdozio,
Distinti studiosi del Diritto Canonico!

Sono lieto di prendere la parola davanti a questo vostro illustre Congresso, destinato a celebrare il decimo anniversario dell'entrata in vigore del *Codex Canonum Ecclesiarum Orientalium*.

A nome del Santo Padre, rivolgo il mio deferente e cordiale saluto a ciascuno dei presenti, cominciando dal Cardinale Prefetto della Congregazione per le Chiese Orientali, Sua Beatitudine Ignace Moussa I Daoud. Saluto pure i due Vicepresidenti del Simposio, S.E. Mons. Julián Herranz, Presidente del Pontificio Consiglio per i Testi Legislativi, e S.E. Mons. Emilio Eid, già Vicepresidente della Commissione che preparò il Codice, come tutti i Membri del Comitato scientifico e del Comitato tecnico-organizzativo.

1. Un cammino decennale

Da parte mia, ho seguito sempre con attenzione le vicende del *Codex Canonum Ecclesiarum Orientalium*, la cui promulgazione avvenne nell'anno in cui io fui chiamato all'ufficio di Segretario di Stato. Potrei dire che siamo cresciuti insieme! In questo decennio ho potuto conoscere da vicino i sentimenti di profondo affetto che il Papa nutre verso le Chiese Orientali. Prendo, quindi, volentieri testimonianza della paterna sollecitudine con cui Egli ne promuove l'attiva presenza pastorale nel mondo di oggi. Proprio per questo, undici anni or sono, Egli trasse particolare gioia dalla promulgazione del nuovo Codice, in cui vedeva, e tuttora vede, uno strumento privilegiato per far crescere un'intesa armonica ed operosa tra le varie componenti di ogni Chiesa orientale. Con favore il Papa ha pertanto sottolineato il motto scelto come tema conduttore del presente Simposio: "*Ius Ecclesiarum - vehiculum caritatis*".

In realtà, se ogni cristiano è chiamato a recare un suo personale contributo alla crescita di questo amore all'interno della comunità ecclesiale, è chiaro che un contributo del tutto particolare è legittimo attendersi da chi, nella comunità, ha responsabilità più rilevanti. A questo proposito, ben conoscendo il pensiero del Santo Padre, vorrei qui soffermarmi sul ruolo centrale che, in questa "dinamica della carità", ha il Pastore di quella determinata porzione del Popolo di Dio che è l'"eparchia".

2. L'origine divina dell'Episcopato

Il Concilio Vaticano II specifica che il Vescovo governa l'eparchia come vicario e legato di Cristo, con potestà propria, ordinaria e immediata. Solo la suprema autorità della Chiesa può circoscrivere entro certi limiti l'esercizio di tale potestà, in vista dell'utilità della Chiesa e dei fedeli (cfr *Lumen gentium*, 27).

Si tratta di un'affermazione di grande rilievo dottrinale, che il Concilio formula per tutte le "*Ecclesiae particulares*", per le eparchie orientali come per le diocesi della Chiesa latina. E' significativo tuttavia che essa sia stata inserita, come canone a se stante (cfr can. 178), solo nel *Codex Canonum Ecclesiarum Orientalium*. Ciò ha la sua ragione in quella "*forma regiminis traditionalis*", specifica dell'Oriente, che è costituita dalle Chiese patriarcali (cfr. *Orientalium Ecclesiarum* 11): in esse, infatti, il Vescovo, prima di essere ordinato, deve promettere obbedienza, oltre che al Romano Pontefice, anche al Patriarca nelle cose in cui gli è soggetto a norma del diritto (cfr can. 187, § 2).

3. Il primato di Pietro

E' questo un punto che, a mio giudizio, merita di essere ancor maggiormente approfondito: nella Chiesa di Cristo, infatti, non v'è alcuna potestà sopra-episcopale e, a maggior ragione, sopra-metropolitana, che non sia quella suprema, da Cristo affidata a Pietro e ai suoi successori. Pertanto, i Vescovi delle Chiese orientali, quando prestano obbedienza ai Patriarchi nelle cose nelle quali sono ad essi soggetti o obbediscono alle decisioni dei Sinodi delle Chiese patriarcali, sanno che questo è loro richiesto in quanto i Patriarchi ed i Sinodi delle Chiese patriarcali sono resi partecipi *iure canonico* della suprema autorità della Chiesa, la sola che possa, per istituzione di Gesù Cristo, circoscrivere l'esercizio della potestà dei Vescovi.

L'autorità suprema, peraltro, può estendere tale partecipazione a dimensioni anche molto ampie. E' ciò che avviene nel *Codex Canonum Ecclesiarum Orientalium*, mediante il quale è stato realizzato l'auspicio del Concilio Vaticano II relativo alla restituzione delle Chiese patriarcali allo splendore del primo millennio (cfr *Orientalium Ecclesiarum*, 9). Con questa "*norma iuris*", volutamente molto vasta, viene determinata l'ampiezza della partecipazione dei Patriarchi e dei Sinodi delle Chiese patriarcali alla suprema autorità che Cristo ha stabilito nella Chiesa. E' alla luce di questa norma che può adeguatamente apprezzarsi la grandezza della figura del Patriarca come "*Pater et Caput*" della sua Chiesa. Ciò ovviamente vale per tutti i Patriarchi indistintamente: per quelli che reggono le Chiese patriarcali di più antica istituzione come per quelli delle Chiese *sui iuris*, che la suprema autorità della Chiesa ha elevato o, seguendo l'esplicito auspicio del Concilio Vaticano II (cfr *Orientalium Ecclesiarum*, 11), voglia elevare al rango di Chiese patriarcali. A tale riguardo, conserva tutto il suo valore il famoso voto formulato dai Padri Conciliari, nel noto Decreto sulle Chiese Cattoliche Orientali, che suona così: "Siccome nelle Chiese Orientali l'istituzione patriarcale è la forma tradizionale di governo, il Santo ed Ecumenico Concilio desidera che, dove sia necessario, si erigano nuovi Patriarcati, la cui costituzione è riservata al Concilio Ecumenico o al Romano Pontefice" (Ibidem n. 11).

4. L'esercizio del Primato

Il desiderio del Successore di Pietro, come voi ben potete immaginare, è di fare quanto è possibile perché tutte le Chiese patriarcali rifulgano del più grande splendore. E' necessario, infatti, che esse assolvano con nuovo e sempre maggiore vigore apostolico la missione loro affidata nel seno della Chiesa universale per la salvezza eterna delle anime (cfr *Orientalium Ecclesiarum*, 1).

Nella prospettiva or ora delineata, la partecipazione dei Patriarchi e dei Sinodi delle Chiese patriarcali alla suprema autorità della Chiesa, come contenuta nella "*norma iuris*" stabilita da questa medesima autorità è di fatto molto ampia. Nella sostanza, essa corrisponde a quella regolata nei canoni dei vari Concili, a cominciare da quello di Nicea dell'anno 325. I necessari adattamenti di tale "*norma iuris*" - auspicati dal Concilio Vaticano II (cfr *Orientalium Ecclesiarum* 9) - alla vita attuale della Chiesa non l'hanno diminuita, ma corroborata, soprattutto a causa della accresciuta possibilità di comunicazione con il Romano Pontefice, Capo del Collegio dei Vescovi, al cui governo pastorale sono affidate in egual modo le Chiese in Oriente come quelle in Occidente (cfr *Orientalium Ecclesiarum*, 3).

5. Il principio di territorialità

Cade qui opportuno un richiamo al cosiddetto "principio di territorialità", mantenuto con fermezza da tutti i Concili ecumenici, compreso il Concilio Vaticano II (cfr *Orientalium Ecclesiarum*, 7), alla cui luce il santo Padre ha voluto che fosse elaborato il *Codex Canonum Ecclesiarum Orientalium*. Questo mostrarono di aver perfettamente capito i membri della Commissione che preparò il Codice, tra i quali primeggiavano i sei Patriarchi orientali, quando nella loro Assemblea Plenaria del novembre 1988 desistettero, dopo un richiamo del Santo Padre, da una mozione firmata da quindici membri, nella quale si mirava ad ottenere l'estensione della giurisdizione patriarcale a tutto il mondo. Il Papa aveva infatti chiesto che Gli fosse presentato un progetto di Codice in tutto conforme sia alle tradizioni orientali sia alle decisioni conciliari, tra le quali anche quelle del Concilio Vaticano II, che non aveva accolto la richiesta di estendere tale giurisdizione fuori dei confini legittimamente stabiliti della Chiesa patriarcale. I lavori dell'Assemblea si svolsero da allora in modo sereno e proficuo. Infatti era evidente a tutti che il progetto del Codice che stava sul tavolo dell'Assemblea, frutto di quasi venti anni di assiduo lavoro, compiuto con la collaborazione di tutto l'Episcopato orientale, era conforme, anche sul tema della territorialità, alle tradizioni orientali e alle decisioni conciliari.

In quella stessa occasione, tuttavia, il Papa aggiunse che, per le Chiese aventi fedeli fuori del proprio territorio, sarebbe stato lieto di "considerare, a Codice promulgato, le proposte elaborate nei Sinodi con chiaro riferimento alle norme del Codice, che si ritenesse opportuno specificare con uno *ius speciale* e *ad tempus*" (cfr "*Nunzia*", n. 29, p. 27). Questa disponibilità Egli riaffermò anche in occasione della promulgazione del Codice, quando presentò al Sinodo dei Vescovi il nuovo testo giuridico (cfr n. 12: AAS 83 [1991] 492).

Voi sapete, peraltro, che il Codice prevede anche l'eventualità di una revisione dei confini territoriali di una Chiesa patriarcale. Il can. 146, § 2 indica con chiarezza la via da seguire in tale fattispecie: spetta al Sinodo dei Vescovi della Chiesa patriarcale approfondire la questione, dopo aver ascoltato la superiore autorità

amministrativa di ciascuna Chiesa *sui iuris* che vi sia interessata. Il Sinodo deve poi presentare la proposta, corredata della necessaria documentazione, al Romano Pontefice. Evidentemente, si suppone che si tratti di proposte non miranti ad un capovolgimento del principio di territorialità sancito dai Concili ecumenici, ma soltanto a cambiamenti di confine motivati da ragioni di carattere particolare.

6. Fiducia nell'avvenire

Terminando, vorrei richiamare le parole conclusive della Costituzione apostolica *Sacri canones*, con cui fu promulgato il *Codex Canonum Ecclesiarum Orientalium*. In quel solenne documento il Papa rivolgeva a tutti l'invito ad accogliere il Codice "con animo sereno e con la fiducia che la sua osservanza attirerà su tutte le Chiese orientali quelle grazie celesti che le faranno prosperare sempre di più in tutto il mondo" (AAS 82 [1990] 1044).

In particolare, per quanto concerne la delimitazione della giurisdizione territoriale, nel già citato discorso davanti alla VIII Assemblea Generale Ordinaria del Sinodo dei Vescovi il Papa ribadì: le norme riguardanti tale giurisdizione "sono state ripetutamente al centro della mia attenzione e finalmente decise così come stanno nel Codice, perché il Sommo Pontefice le ritiene necessarie per il bene della Chiesa universale e per salvaguardare il suo retto ordine e i diritti fondamentali ed imprescindibili dell'uomo redento da Cristo" (n. 11: AAS 83 [1991] 492). "Vogliate aver fede, Egli allora concluse, che il 'Signore dei signori' e il 'Re dei re' non permetterà mai che la diligente osservanza di tali leggi venga a nuocere al bene delle Chiese orientali" (*ivi*, n. 12, p. 492).

A me sembra che questo atto di fede richiesto allora dal Papa, diventi sempre più necessario, e così con l'aiuto di Dio e grazie al generoso impegno di tutti, il Codice, giunto felicemente al suo decimo anno di vita, potrà sempre più diventare per tutti un "*vehiculum caritatis*". Si avvererà così il voto che già esprimeva milleseicento anni fa il grande Patriarca di Costantinopoli, S. Giovanni Crisostomo: "*Chi dice Chiesa non dice divisione, ma unione e concordia*" (*In I Cor*, PG 61,13)

[01909-01.01] [Testo originale: Italiano]

COMUNICATO: SIMPOSIO INTERNAZIONALE SUL VOLONTARIATO CATTOLICO IN SANITÀ, DAL TEMA: VADE ET TU FAC SIMILITER, (VATICANO 30 NOVEMBRE-1 DICEMBRE 2001)

Promosso e organizzato dal Pontificio Consiglio per la Pastorale della Salute, si svolgerà in Vaticano nei giorni 30 novembre – 1 dicembre 2001 il Simposio Internazionale sul Volontariato Cattolico in Sanità.

La celebrazione di questo importante Simposio, fortemente pensato proprio in questo anno 2001, che le Nazioni Unite hanno ufficialmente proclamato Anno Internazionale del Volontariato, è occasione preziosa per una nuova e più coinvolgente riflessione su di un aspetto del servizio alla vita che, nella Chiesa, sull'esempio di Cristo, ha trovato, sin dalle origini, un impulso nuovo ed esemplare.

Si cercherà – come afferma il Presidente del Dicastero S.E. Mons. Javier Lozano Barragán - di fare una attenta riflessione sul ruolo del Volontariato Cattolico nel mondo della salute e della sofferenza oggi; individuare le future strategie per aumentare l'azione pastorale; e soprattutto offrire al Santo Padre l'opportunità di sottolineare i principi fondamentali per illuminare questa forma evangelica di partecipazione alle sofferenze del prossimo, proprio nell'anno dedicato dall'ONU al Volontariato.

Tra gli illustri relatori che interverranno durante le due giornate di riflessione e di testimonianze di vita, ci sarà il Segretario di Stato S Em.za il Card. Angelo Sodano che aprirà questo importante evento con la sua Prolusione sul tema: "il Volontariato Cattolico in Sanità". Parteciperanno anche i rappresentanti di Stati e di Governi, nonché numerose Associazioni di Volontariato.

Gli argomenti che saranno trattati sono: il Magistero di Giovanni Paolo II sul Volontariato; Fondamenti Biblici e Teologici del Volontariato; Dal Buon Samaritano alla Comunità Ecclesiale del 3° Millennio. Seguiranno poi le testimonianze di vita da parte di un malato, di un medico, di un volontario, di un rappresentante delle Misericordie, della Croce Rossa, ecc. Nella giornata del 1° dicembre che coincide con la Giornata mondiale dell'AIDS, si rifletterà sull'assistenza sanitaria data ai malati di AIDS, alle persone che vivono nel degrado della città - barboni, tossicodipendenti...-, agli emigrati e ai profughi, alle popolazioni colpite da conflitti politici e dalla guerra, dalle catastrofi, da terremoti e da alluvioni, agli anziani, ai malati terminali, ai bambini, sia essi ospiti di Istituzioni pubbliche o private o vivano nelle proprie abitazioni.

Il Terzo Millennio che è da poco iniziato, ha già provocato tante drammatiche vicende umane. Dopo il tragico evento dell'11 settembre scorso, ed in questi giorni nei campi dei rifugiati e dei profughi dell'Afghanistan, si è potuto osservare l'innumerabile schiera di "Buoni Samaritani" che contrappongono all'odio e all'egoismo, tanto e solo amore e solidarietà.

Questo Simposio Internazionale sul Volontariato riceverà l'autorevole parola del Santo Padre sabato 1° dicembre a sostegno e illuminazione nell'operare.

[01902-01.01]
